

La Filosofía y la Paz

(Philosophy and Peace)

Oscar Tulio Lizcano González

Abstract

This text seeks to approximate the Colombian armed conflict. Without historical, chronological or thematic tracking, it is sought to emphasize the absence of philosophy to think about peace in the Colombian context. To do this, we will first make a brief presentation of the Ricoeurian method known as hermeneutics of the symbol, in order to use this methodology in the combined case. Secondly, we will address what we have called The Symbolic of Evil in Colombia. There we will display two of the main symbols of evil, which are not erased from our collective imagination, emphasizing how war, evil and barbarism become displays of peace from art; be it storytelling, painting, poetry etc. Peace implies forgiveness and recognition on both sides, so art and philosophy are the best means to start creating a new route to the cessation of war.

Keywords: hermeneutics of the symbol, philosophy, peace

Resumen: *El presente texto busca realizar una aproximación al conflicto armado colombiano. Más que realizar un rastreo histórico, cronológico o temático, se busca enfatizar en la ausencia de la filosofía para pensar la paz en el contexto colombiano. Para ello, realizaremos*

en primer momento, una breve exposición del método ricoeuriano conocido como hermenéutica del símbolo, con el fin de utilizar esta metodología en el caso combinado. En segunda instancia, abordaremos, lo que hemos denominado La simbólica del mal en Colombia. Allí expondremos dos de los principales símbolos del mal, que no se borran de nuestro imaginario colectivo, enfatizando en como la guerra, el mal y la barbarie devienen en muestras de paz a partir del arte; sea narración, pintura, poesía etc. La paz implica el perdón y el reconocimiento de ambas partes, por ello el arte y la filosofía son el mejor medio para empezar a crear una nueva ruta hacía el cese de la guerra.

Parablas clave: hermenéutica del símbolo, filosofía, paz

Bien es sabido entre los grandes adeptos e intérpretes del pensamiento ricoeuriano, que nuestro autor es de la opinión, según la cual, el primer momento en que se manifiesta la interpretación es en el diálogo cotidiano; tan solo con dirigir nuestra mirada a las lenguas naturales podemos notar esta particularidad, y esta se halla en la polisemia de las palabras. Capacidad que tienen una expresión para manifestar más de un significado, considerando su contexto, independientemente de su uso clásico¹. Es allí, en el desciframiento y en el dilucidar de las palabras por parte de los hablantes, donde se haya el primer ejercicio hermenéutico natural que se edifica en la polisemia del lenguaje cotidiano.

Un segundo momento en el que la hermenéutica se hace manifiesta, se encuentra en la exégesis religiosa, es decir, la interpretación se da en base a un escrito, conteniendo y conservando

¹ José Luis Pardo, en su texto *La intimidación*, publicado por pre-texto (2013), no habla sobre sobre el dobléz de las palabras; es decir, su saber y su sabor frente a un contexto determinado.

como factor fundamental la intención de este. Si bien este es reconocido como un punto de partida para la disciplina hermenéutica, al mismo tiempo ha gestado un problema en su misma naturaleza; consiste en reconocer que todos los textos se hacen en base a supuestos, es decir, a un grupo de personas que posee una corriente de pensamiento unívoco, enmarcando no solo la interpretación, sino también el desciframiento e interpretación de los símbolos; volcando a ambos a un *telos* unidimensional.

En lo que respecta a la hermenéutica filosófica, propia de nuestro quehacer, existe unanimidad con respecto a diferentes autores al reconocer a Friedrich Schleiermacher, a principio de siglo XX, como aquel intelectual que realiza la unión entre exégesis bíblica y filología; trazando un breve esbozo de la encumbrada empresa en torno a la comprensión. Sobre esto, afirma Ricoeur:

[...] el programa hermenéutico de Schleiermacher llevaba la doble marca romántica y crítica: romántica porque recurre a una relación viva con el proceso de creación; crítica por su voluntad de elaborar reglas universalmente válidas de la comprensión. (Ricoeur 2002: 74)

además, es un ejercicio crítico porque lucha contra la incompreensión de los textos, y romántico, porque cree que es posible comprender a un autor, aún mejor de lo que este se ha comprendido.

Un siglo después, el problema de la comprensión que tantos autores han abordado, termina por reconocerse en la fenomenología, precisamente en las investigaciones sobre el sentido de los actos noéticos, o el alcance de la comprensión humana. En este punto nos topamos con Heidegger, para quien el *Dasein* comprende estando ya en el mundo y abierto a sus posibilidades, mucho antes de que este pueda presentarse ante él. De esta pre-comprensión del ser, se

despliega la comprensión de los seres y lo entes, pues al *Dasein* le corresponde una estructura anticipada; es decir, comprender pierde su horizonte y no es un modo de conocimiento, sino, un modo de ser, "el modo de ser del ser que existe al comprender" (Ricoeur 2003: 13).

Esta ontología es para Ricoeur tan solo una herramienta en su investigación, ya que comprender contiene inexorablemente una significación ontológica, pues pertenece al ser-en-el-mundo; por ello esta

[...] es la revolución que introduce una ontología de la comprensión; el comprender se vuelve un aspecto del "proyecto" del *Dasein* y de su "apertura al ser". La cuestión de la verdad ya no es la cuestión del método, sino la de la manifestación del ser, para un ser cuya existencia consiste en la comprensión del ser (Ricoeur 2003: 15).

El problema del ser en Heidegger, a lo que Ricoeur llama la vía corta, pasa a ser parte de la analítica del *Dasein*, que existe al modo del comprender. Esta comprensión desarrollada por Heidegger, vale la pena aclarar, se desarrolla en respuesta al idealismo husserliano, el cual reducía todo el mundo factico y reconocía toda ámbito de significación, enfrentado únicamente a un sujeto constituyente en su polo intencional. Con esto Heidegger, como se ha enunciado, lleva a cabo su insurrección, pues el *Dasein* es un ser en el mundo y su iniciación en el mundo es la condición de posibilidad existente de toda comprensión en-el-mundo.

Ricoeur, por su parte, en el intento de fundar la hermenéutica en la fenomenología, decide alejarse de Heidegger (y su vía corta), y opta por un camino mucho más pedregoso, elucubrado por él mismo, al que ha llamado la vía larga. ¿pero, a qué se debe esta elección? Ricoeur nos brinda dos razones: La primera se basa en una crítica al modo de

proceder de Heidegger, que, entre otras cosas, no funda la unión entre hermenéutica y fenomenología; desvía la comprensión de un modo de conocimiento a un modo de ser; y principalmente no resuelve el conflicto de las interpretaciones de los textos, ya que se mantiene en un nivel muy general, olvidando las particularidades. Por ejemplo, a la pregunta formulado por Ricoeur ¿cuáles son las condiciones para que un sujeto cognoscente pueda conocer un texto, o la historia misma?, Heidegger la sustituye por la pregunta ¿qué es un ser cuyo ser consiste es comprender?

La segunda razón versa en que Heidegger olvida al lenguaje como vía de acceso, al lugar donde debe buscarse la comprensión como un modo de ser, por ello es necesario, como se afirma *En el conflicto de las interpretaciones* (2015)

[...] sustituir la 'vía corta' de la analítica del *Dasein* por la 'vía larga' iniciada por los análisis del lenguaje; de este modo, guardaremos constantemente el contacto con las disciplinas que buscan practicar la interpretación de manera metódica y resistiremos a la tentación de separar la *verdad*, propia de la comprensión, del *método* puesto en funcionamiento por las disciplinas salidas de la exégesis (Heidegger 2015: 15–16).

De este modo, el solo hecho de trasegar el camino corto propuesto por Heidegger y su analítica del *Dasein*, implica que el hombre ontológicamente solo pueda comprender. No obstante, el hombre que recorre la vía larga será hermeneuta, dado que busca su ser en todas las obras humanas.

Para iniciar detallando en qué consiste la vía larga propuesta por intelectual de Valence, es necesario tener presente que la Hermenéutica simbólica intentará entender y descifrar el concepto del ser como sentido; es decir, *intentará comprender mejor al hombre y*

el vínculo entre ser y los entes. Por esta razón, existe la necesidad de hacer un rodeo como lo advierte Ricoeur, por los signos, el lenguaje de los símbolos, incluso, las normas que dibujan los esquemas de acción del sujeto; construyendo estas una comprensión antropológica que nos conduce a conocer la subjetividad humana en relación con el otro: los relatos, los mitos, la historia, el lenguaje; en una sola expresión, los vestigios de la cultura. Marcelino Agís, nos recuerda:

Ser viene a coincidir, según la nueva opción dada por Ricoeur, con "ser interpretado". El yo no puede ser analizado desde sí mismo, sino que necesita del gran rodeo de los signos, símbolos y figuras de la cultura, de lo que se desprende la imposibilidad de una hermenéutica única y universal (Agís 2003: 89).

Por ello, en *El conflicto de las interpretaciones* (2015), cuando nos habla de la vía larga, nos propone dos definiciones reveladoras y fundamentales para el desarrollo de su rodeo por la cultura,

Llamo símbolo a toda estructura de significación donde un sentido directo primario y literal designa por añadidura otro sentido indirecto, secundario y figurado, que solo puede ser aprehendido a través del primero (17)².

En cuanto a la interpretación nos dice; "es el trabajo del pensamiento que consiste en descifrar el sentido oculto en el sentido

² Esta definición ricoueriana de símbolo, es necesario aclarar, se encuentra fuertemente influenciada por la expuesta el texto de *Antropología filosófica*, escrito por E. Cassirer, en donde se presenta al hombre como un ser "que ya no vive solamente en un puro universo físico sino en un *universo simbólico*. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen partes de este universo [...]" (47) razón por la cual el hombre no solo puede ser definido como animal racional, sino como animal simbólico.

aparente, en desplegar los niveles de significación implicados en la significación literal" (17). Dado lo anterior, podemos decir con certeza de pisar terreno firme, que símbolo e interpretación son correlativos, y manejan una relación ecosistémica; es decir, no puede existir el uno sin el otro.

Por último, la hermenéutica entonces será aquella disciplina encargada de entregar las reglas propias para la exégesis, tanto de un texto, como de un conjunto de signos considerados como textos. Pero ¿Cómo dar un fundamento sólido a la exégesis? Este obtiene su base por la vía larga, ya que abraza cuestiones epistemológicas, metodológicas y lingüísticas; además, por este recorrido nos valemos de todas las disciplinas que practican la interpretación, sea la exégesis o el psicoanálisis, cultivando la disciplina lingüística.

1. La simbólica del mal en Colombia

Los "símbolos dan que pensar", es aquella frase célebre expresada por Ricoeur en su texto *Finitud y culpabilidad* (2011). Por un lado, el símbolo dona, pero ese donar es algo que hay que pensar. Si nos detenemos sobre la primera parte del aforismo donde el símbolo dona: "el símbolo da..." damos por entendido que el símbolo en tanto expresión especial del lenguaje tiene un sentido que debe ser interpretado, y, por consiguiente, la filosofía reflexiva no puede acceder directamente. Necesita, como se ha expuesto con anterioridad, de una hermenéutica.

No obstante, desde las primeras gestas filosóficas de Paul Ricoeur, notamos no solo como se exalta los símbolos y la interpretación, sino también la pregunta por el mal; por cómo nace, se da o se inclina el hombre hacia este. Intentando dar una respuesta, Ricoeur construye una antropología filosófica, pues la experiencia de mal, piensa nuestro autor, se debe escrutar en los grandes mitos.

En todos estos esfuerzos hermenéuticos y antropológicos por comprender el mal en el hombre, se extraen conclusiones diferentes, por ejemplo, el primer mito nos recuerda que es posible encontrar el mal, como algo natural en el hombre, y que el ser no hace más que reproducirlo; en el segundo nos recuerda nuestra limitación no solo como mortales, sino con el reino de los hados, una lección ética entre otras cosas; en el mito cristiano, Ricoeur extrae la conclusión de que el hombre no es pecador por naturaleza, pues el hecho de haber sucumbido ante la serpiente puede ser leído como testimonio de una mala fe. Después de todo, el nuevo testamento nunca extingue la llama de la esperanza en la salvación y el perdón.

Si bien Ricoeur concibe al mal desde esta óptica ya expuesta, cabe la posibilidad de abordar este mismo problema desde múltiples flancos, es decir, distintas interpretaciones de estas serán posibles. Por ello, al final de su simbólica de mal, Ricoeur es consciente de esto, y nos hará entender que el sujeto puede ir a profundidades inexploradas, en las que el mismo sujeto se verá instaurado, según su punto de enunciación. Por ello, en la *Simbólica del mal* (Ricoeur 1988: 332) nos dice

El símbolo nos habla como un índice de la situación del hombre en el corazón del ser en el cual se mueve, existe y quiere. El símbolo da que pensar que el cogito se halla en el interior del ser y no a la inversa. Todos los símbolos de la culpabilidad dicen la situación del ser del hombre en el ser del mundo; la tarea es entonces, a partir de los símbolos, elaborar conceptos existenciales, es decir, no sólo estructuras de la reflexión, sino estructuras de la existencia en tanto que la existencia es el ser.

De este modo, siguiendo la tesis ricoeuriana, en la que el mal se sitúa en el caos original, nos hemos permitido preguntarnos por la simbólica del mal en el tiempo transcurrido del conflicto armado colombiano.

Si bien el hombre, según Ricoeur en otras de sus interpretaciones sobre el mal, es falible, es susceptible de fallar y se encuentra constantemente tentado en caer en el mal; es, además, ausencia de racionalidad y ocaso de nuestra naturaleza humana. El mal, se nos presenta como nuestro amo, en el momento en que elegimos ser ciervos de esta elección; pues si bien se puede presentar como una libertad, en esencia, es una libertad que no afirma mi voluntad.

Comprendemos e intentamos re-comprender constantemente la posibilidad del mal por lo inabarcable de su esencia. Nuestra finitud, es la afirmación de la infinitud racional; ya afirmaba Pascal (1945):

Pues, en fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Nada en relación con el infinito, todo en relación con la nada, un punto intermedio entre nada y todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio están para él invenciblemente ocultos en un secreto impenetrable, siendo igualmente incapaz de ver la nada de donde ha salido y el infinito que lo engulle (Pascal 1945: 112).

Es nuestra naturaleza tanto del infinito como de lo finito, lo que permite la posibilidad del mal, en tanto que hacen parte de la desproporción de lo infinito inefable. Es precisamente esta dialéctica, del aceptar la finitud, lo que permite superarla, ya que permite expresar y conocerse así mismo desde una enunciación no abordada. Por ello el mal, se ve instaurando en todos los órdenes físicos, morales y metafísicos cuyas consecuencias nefastas son el sufrimiento y la

muerte que alteran la condición humana; las cuales, solo pueden ser percibidas simbólicamente y por medio de la narración.

El mal no es aquello que se trata, es aquello contra lo que se lucha. Injustificable, afirma Jérôme Porée (2006):

aparece a la vez como un desafío al discurso racional y como una llamada a la acción. Este desafío no puede ser respondido más que si la razón se pone a la escucha del símbolo por sí mismo; inclusive si este no explica verdaderamente el origen del mal, permite imaginar el fin.

No obstante, desde las antiguas reflexiones del pensamiento humano, se ha venido tratando sobre el mal. Ya Platón afirmaba que no existían ideas de las cosas negativas; ni las más elaboradas metafísicamente por Kant, hasta Espinoza y Leibniz filósofos que coinciden en afirmar que el mal se orienta como una "*ausencia de la razón*".

En el contexto del conflicto armado colombiano, el mal se ha mostrado en forma de violencia, egoísta y unilateral por parte de ambos bandos; multiplicando sus manifestaciones en embestidas bélicas ante los ojos del mundo. Se ha legitimado la violencia por un estado de derecho donde el triunfo de unos se da con la humillación del vencido. La victoria conduce a la execración del otro. Uno y otro llevan como inherente la violencia para el cumplimiento de sus ideales, sin importar las consecuencias. Los símbolos del mal, las cuales reconocemos acá como las embestidas guerrilleras, tales como atentados, masacres y secuestros, cuentan con una estructura profunda que solo la narrativa y la interpretación intentan descifrar; develando, más allá de una lectura numérica institucional, no el por qué, sino el cómo debemos comprender y abordar un fenómeno histórico en nuestra nación, para así poder superarlo. Los símbolos, en

el caso colombiano, no solo representa el mal, sino también el perdón y la reconciliación.

No obstante, la simbólica del mal en Colombia se reinterpreta y deviene en muestras de símbolos de paz por medio de expresiones artísticas, relatos no institucionales que fortalecen la memoria histórica de nuestra nación y permiten la catarsis en vías al perdón y la reconciliación por parte de las familias de los afectados; y por supuesto, por aquellos que lo vivieron directamente.

El informe sobre la masacre de Bojayá (2010) en el año 2002, elaborado por el centro de memoria histórica, recuerda la insana disputa entre las FARC y los paramilitares por el control del territorio chocoano. Dejando terribles costos para una población olvidada y absolutamente vulnerable por la ausencia del estado. Esta masacre dejó como consecuencia la muerte de 119 civiles en el interior de la iglesia, dada la explosión de un cilindro bomba lanzado por las FARC:

[...] estábamos comiendo cuando cayó esa pipeta... ibum... ey, vea! Le digo que esto quedó que usted no podía caminar de la gente que quedó muerta... Ay, unos quedamos locos... yo quedé aplastada por las cosas que me cayeron del techo, y cuando por fin pude salir de ahí estaba ese poco de gente que no podía caminar, porque todo lo que era "tendió" era muerto ahí en la iglesia [...] (59)³.

El anterior testimonio de una de las víctimas de Bojayá, nos revela el mal y las ansias por obtener territorio clave en la distribución de droga, a costa de cualquier precio; sean campesinos, civiles e incluso niños. Pero, esto, es tan solo un atentado de tantos ejecutados por las

³ Testimonio, mujer anciana, Bellavista 2009.

guerrillas. Otra masacre vinculada a la apropiación del territorio, con ideales de exportación de estupefacientes, es la conocida masacre del Tigre, en el Valle del Guamuez, Putumayo, en 1999. Las AUC irrumpen en este territorio con el pretexto de confrontar la guerrilla y recuperar el territorio reconocido como "gobiernos paralelos"; por ello, sin discriminación alguna se dieron allí:

Asesinatos y desaparición forzada de exclusivamente hombres; quema de casas, motocicletas y vehículos; maltratos físicos y verbales a mujeres, fueron hechos emprendidos por esta avanzada paramilitar y con los cuales se dio inicio a una dinámica de control territorial en las zonas urbanas de la subregión del Valle del Guamuez (Grupo de memoria histórica 2011: 23).

Las cifras de desaparecidos ascendieron a catorce, mientras que los asesinados fueron veintiocho. La guerra, según el informe del grupo de memoria histórica se dio por ser el Tigre, una comunidad mayoritariamente cocalera. La influencia de la guerrilla sobre los nativos, fue cada vez más estricta. En un lugar donde el descubierto del estado es patente, el control guerrillero es total sobre los habitantes. Sus adoctrinamientos, la oportunidad de un empleo, e incluso, la seguridad de satisfacer las condiciones básicas de existencia, son apuestas tentadoras que obligaron al campesinado a ceder ante la apuesta violenta de un grupo beligerante en busca de tomar el poder por medio de todas las formas de lucha.

Otro de los atentados, uno de los más alucinantes, y de expresión del mal por parte de la guerrilla, fue el atentado realizado el 30 de agosto de 1996. Este ataque se llevó a cabo en la base militar Las Delicias, en Putumayo; donde fueron asesinados veintisiete soldados y sesenta más fueron secuestrados. Según el centro de memoria

histórica, este ataque fue parte de un plan elaborado por las FARC, con el fin de neutralizar las embestidas nacionales a los laboratorios de coca en el sur del país. Este ataque, fue tan solo uno de los tantos que se hicieron con el fin de realizar la conocida *Toma del Mitú*, capital del departamento del Vaupés.

Los ataques en Colombia por parte de la guerrilla, no cesaron, inclusive, en la actualidad se siguen presentando.

Si bien el conflicto y el dolor son inherentes a la violencia, para iniciar un proceso de paz airoso se debe iniciar por un reconocimiento de las víctimas como sujetos de derecho, los cuales pueden dar nuevos horizontes en la comprensión de la guerra; ellos deben tener la posibilidad de narrarse y narrar a otros su dolor y sufrimiento, expresar sus sentimientos simbolizados, exteriorizarlos a otros que tengan la capacidad de escucha para la curación de sus heridas morales; ya lo enunciaba Arendt, es poner palabras al dolor.

De allí que, durante mi secuestro, el cual se dio el 05 de agosto del 2000 en el municipio de Riosucio, Caldas, por manos de las FARC, nunca perdí de vista la importancia de poder narrar(me) mi experiencia de vida, con la intención de mostrar una nueva cara al conflicto, una que no solo enuncié la perseverancia del estado en su lucha contra la guerra, sino el lado sensible, humano y e irreconciliable de los integrantes de las FARC.

Las víctimas, que entre otras cosas pueden en estar en ambos bandos, desde hace tiempo tuvieron y reclamaron gracias al proceso de paz un espacio público para ser escuchadas y leídas, anhelando reparación por su dolor y sufrimiento. Muchos fueron los filósofos que padecieron sus consecuencias y lograron a través de la narración darle sentido al dolor de las víctimas: Primo Levi, Hannah Arendt, entre otros, no dejando de mencionar a Paul Ricoeur, quien estuvo preso en medio de una confrontación bélica. Por ello, reconociéndome bajo las vestiduras de la guerra,

Guardé esas historias en mi memoria como testimonio de la guerra que padecemos los colombianos, y cuando por fin respiré con tranquilidad el olor de la libertad, me pregunté de nuevo por esos seres humanos cuyo recuerdo quedo sepultado en la selva, silencioso, amordazado. A algunos de ellos los conocí durante las largas marchas mientras cargaban un fusil, otros fueron mis carceleros y otros más mis despiadados verdugos (Lizcano 2009).

Comporto con Ricoeur, las consecuencias nefastas de la guerra, el dolor que esta puede producir, no solo en lo personal, sino en lo social son hechos imborrables; no obstante, no significa esto insuperable. Nuestras narraciones, las de las víctimas, sus expresiones culturales, de perdón y reconocimiento solo pueden aportar un tinte, un pequeño matiz a aquella lectura que no es absoluta en su interpretación. No obstante, el silencio impuesto por temor a represalias, es un silencio obligatorio para las víctimas a la espera de la modificación del contexto que haga posible la voz aplazada, de la palabra pérdida por la violencia; teniendo en cuenta que, callar se ha convertido en un derecho de la víctima con el fin de preservar su vida, la de su familia y la de su comunidad. Por ello Manuel Prada, nos recuerda que “entre todos, Colombia debe dar una prioridad moral que corresponde a las víctimas.... La victima de la que se habla aquí es la victima que no es nosotros, es el otro distinto a nosotros” (Prada 2000: 108).

Preocupante es que la prolongación de la violencia que vivimos en la actualidad, esta, va minando la capacidad de asombro y la voluntad de memoria de las comunidades afectadas, hasta tal punto que hechos pasados de violencia se desvanecen frente a otros aún más sangrientos, donde las victimas caen en el anonimato y de ahí al olvido. Aunque existen casos de instituciones que abren un espacio al

testimonio y reconocimiento, estas solo avanzan en campo abierto hacia las víctimas seleccionadas. Pero cuando es la victima quien denuncia, de forma individual, es imposible lograr un testimonio.

La paz debe estar vinculada en los principios ricoeurianos, como lo son la justicia y el amor, con el categórico fundamento de que si no hay justicia no hay paz; en Ricoeur, el amor exige a la justicia ser cada vez más justa, respetando no solo la universalidad, sino la singularidad. Hacer la paz, no solo exige disposiciones entre el hombre, necesita además de las instituciones, par que acoja, regule y moldeé los acuerdos en base a las premisas de cada bando.

No obstante, para llegar a la paz, debemos hablar de la culpa y el perdón, dos ejes fundamentales que deben ser visibles en los acuerdos de paz colombiano. Tanto de las víctimas, como de los victimarios. Conceptos, que no han sido clarificados ni estudiados en el contexto colombiano y que solo pueden ser pensados por la filosofía.

La búsqueda del sitio que le corresponde a la filosofía en la construcción de una ética para la paz, se ha hecho mal uso de ellas borrando su significado cuando las banalizamos. Este trabajo tiene un sano propósito es hacer una aproximación teórica para que estas dos palabras no queden atrapadas en lo indecible

Esta aproximación adquiere un sentido por yo tener la doble condición de víctima, al estar privado de la primera posesión del hombre sobre la tierra: la libertad, como consecuencia de la confrontación amada que tuvo el Estado Colombiano durante 52 años con las FARC, Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, y a la vez cuando llevaba 6 años impotente e inerme secuestro a mi hijo menor de otro grupo guerrillero, Ejército de Liberación Popular, EPL y, la otra condición de haberme otorgado un don gratuito a mis victimarios: el perdón, porque de seguir con odios aun permanecería mentalmente en cautiverio en las selvas de Colombia.

Dolor y perdón, se contextualizan en medio de la violencia y la reconciliación, por eso, la paz exige una filosofía, una necesidad del pensamiento capaz de comprender que la filosofía puede enfrentarse al fin de la violencia con el uso de la comunicación razonable con el otro, decía, Ricoeur, "La escucha del otro", porque no hay nada por fuera del lenguaje si queremos pretender eliminar el conflicto con ese otro, apoyando, eso sí, en el pensamiento donde el filósofo juega un papel significativo. Opina, Marcelino Agís "Con la sola ayuda del pensamiento, el filósofo se ha enfrentado al desafío de eliminar la violencia, el caos, la nada, rompiendo el silencio cuando este es cómplice del mal, con argumentos razonables" (Agís 2007: 13).

No hay duda que el mal ha permanecido como si fuera algo inherente al hombre como generador de violencia y dolor, razón por la cual, a mi juicio, la filosofía ha sido incapaz de construir un pensamiento que les permita mantener el sentido de las proporciones entre el mal y el bien. ¿Sería posible, entonces, que la Filosofía pueda concebir un modelo ético de la paz a través de la tematización del dolor? Dolor que es y ha sido una de las preocupaciones de la humanidad, pues, la violencia ha existido siempre, Paul Celan, nos lo recuerda, "Dolor duerme con las palabras, él duerme añadiéndose hasta la muerte y hacia la mía".

Dolor generado por el mal que permite acuñar la perversidad con aquella histórica frase, de los Romanos que, "Si quieres la paz, prepara la guerra" ¿sería posible una ética de la paz cuando la posibilidad del mal como señala Ricoeur ha estado en el hombre?

En un momento de reflexión abordar el tema de paz y guerra, me lleva a pensar de estos estados del hombre el más natural es la confrontación, por eso, la paz exige una filosofía.

Llama, entonces la atención que en la filosofía es notorio su silencio. La Paz no habría sido un concepto filosófico antes de la llegada de Kant, paz perpetua que no conserva para esta vida en el mundo

actual según Kant, sino que la piensa como una categoría social importante para la vida actual, un gran aporte de este filósofo alemán. La Paz se convierte en un concepto esencialmente filosófico, deja de ser solo teológico.

Se requiere una filosofía para la paz y lograrlo sería posible con una renovación ética personal y social, necesidad de las situaciones de las crueles guerras que ha vivido la humanidad, como lo expresa Husserl, y como un aporte a la fenomenología, él plantea la necesidad de reflexionar sobre una ética en la educación, no solo de la ética individual, sino que también sea ética social, nos pone a decir que la renovación del hombre individual y de la humanidad en la sociedad es el bien supreso es la fase superior de toda ética, significado de la filosofía moral solo es una parte de ella.

Por ello, tomando lo mejor del hombre, y en un consenso deliberado se puede alcanzar la plenitud espiritual y científica de los hombres como ideal ético que nos obliga construir una filosofía por la paz como un principio para una verdadera filosofía de la moral para acontecer una renovación en el hombre.

Bibliografía

- Arendt, H. (2006). *Sobre la violencia*. Madrid. Alianza editorial.
- Agís, M. (2003). La hermenéutica de Paul Ricoeur en el marco de la filosofía contemporánea. *Azafea*, 5: 75–97.
- Agís, M. (2007). La paz del siglo XXI. Consideraciones desde la filosofía. En Agís Villaverde, M. et al. (eds.): *Concordia y violencia. Una reflexión filosófica para el mundo de hoy*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela.
- Cirilo, M. (2011). Historia y narratividad. *Azafea*, 13: 41–58.

Córdoba y Quintero (2014). *El secuestro: una fractura en la identidad narrativa*.

Gómez, C. (2016). La vida como narración (Aranguren y Ricoeur). *Daimon*, 68: 67–83.

Grondin, J. (2008). *¿Qué es la hermenéutica?* Barcelona: Herder.

Grondin, J. (2019). *Paul Ricoeur*. Barcelona: Herder.

GMH. (2013). *iBASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.

GMH. (2010). *Bojayá. La guerra sin límites* Bogotá: Imprenta Nacional.

Lizcano, O. (2016). *El perdón duerme con las palabras*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Prada, M. (2009). *Años en silencio*. Bogotá: Editorial Planeta.

Prada, M. (2021). La víctima como sujeto capaz: a propósito del conflicto colombiano. *Revista Ricoeuriana*, 112, 144.

Ricoeur, P. (1999). *Historia y narratividad*. España: Editorial Paidós.

Ricoeur, P. (2004). *Finitud y culpabilidad*. Madrid. Editorial Trotta.

Ricoeur, P. (2006). La vida: un relato en busca de narrador. *Ágora, papeles de filosofía*, 25(2): 9–22.

Ricoeur, P. (2015) *El conflicto de las interpretaciones*. Argentina: Fondo de cultura económica.

Pécaut, Daniel. (2008). *Las FARC. ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* Bogotá: Editorial Norma.